



El gigante egoísta

Ilustrado por Daniel Gómez & Traducido por Pedro Lama

23

Todas las tardes, al volver del colegio, los niños iban a jugar al jardín del Gigante.

Era un jardín grande y hermoso, cubierto de un suave y verde césped. Dispersas en la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había doce durazneros que en primavera se llenaban de delicadas flores color rosa y nácar, y en otoño se cargaban de ricos frutos. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan dulcemente que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos.

–¡Qué felices somos aquí! –se gritaban unos a otros.

Un día el gigante regresó. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y se había quedado con él durante siete años. Transcurrido este tiempo, dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en el jardín.

–¿Qué hacen aquí? –les gritó con una voz muy áspera, y los niños salieron corriendo.

–Mi jardín es mi jardín –dijo el Gigante–. Todos deben entenderlo así.



Y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

De manera que construyó un alto muro en derredor y puso un cartel:

**TERMINANTEMENTE
PROHIBIDA LA ENTRADA.**

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños ya no tenían dónde jugar.

Intentaron hacerlo en la carretera, pero ésta estaba muy polvorienta y llena de duras piedras, y no les gustó. Tomaron la costumbre de deambular alrededor del alto muro, una vez terminadas las clases, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos allí! —se decían unos a otros.

Llegó la Primavera, y todo el país se pobló de florecillas y pajaritos. Solo en el jardín del Gigante Egoísta seguía siendo invierno. Los pájaros no querían cantar en él porque no había niños y los árboles se olvidaron de florecer. Una vez, una bella flor asomó su cabeza entre la hierba, pero al ver el cartel sintió tanta lástima por los niños que volvió a dejarse caer sobre la tierra y se durmió. Las únicas que estaban contentas eran la Nieve y la Escarcha.

—La Primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaron—, así que nos quedaremos a vivir aquí todo el año.

La Nieve cubrió el césped con su gran manto blanco, y la Escarcha pintó de plata todos los árboles. Luego invitaron al Viento del Norte a quedarse allí con ellas, y él aceptó. Estaba envuelto en pieles y bramaba todo el día por el jardín, derribando las chimeneas.

—Este es un sitio encantador —dijo—. Tenemos que pedirle al Granizo que venga a visitarnos.

Y llegó el Granizo. Todos los días tamborileaba en el techo del castillo durante tres horas, hasta romper casi todas las tejas, y luego correteaba por el jardín tan rápido como podía. Vestía de gris y su aliento era como el hielo.

—No entiendo por qué la Primavera se ha demorado tanto en llegar —decía el Gigante Egoísta al asomarse a la ventana y ver su jardín blanco y frío—. Espero que el tiempo cambie.

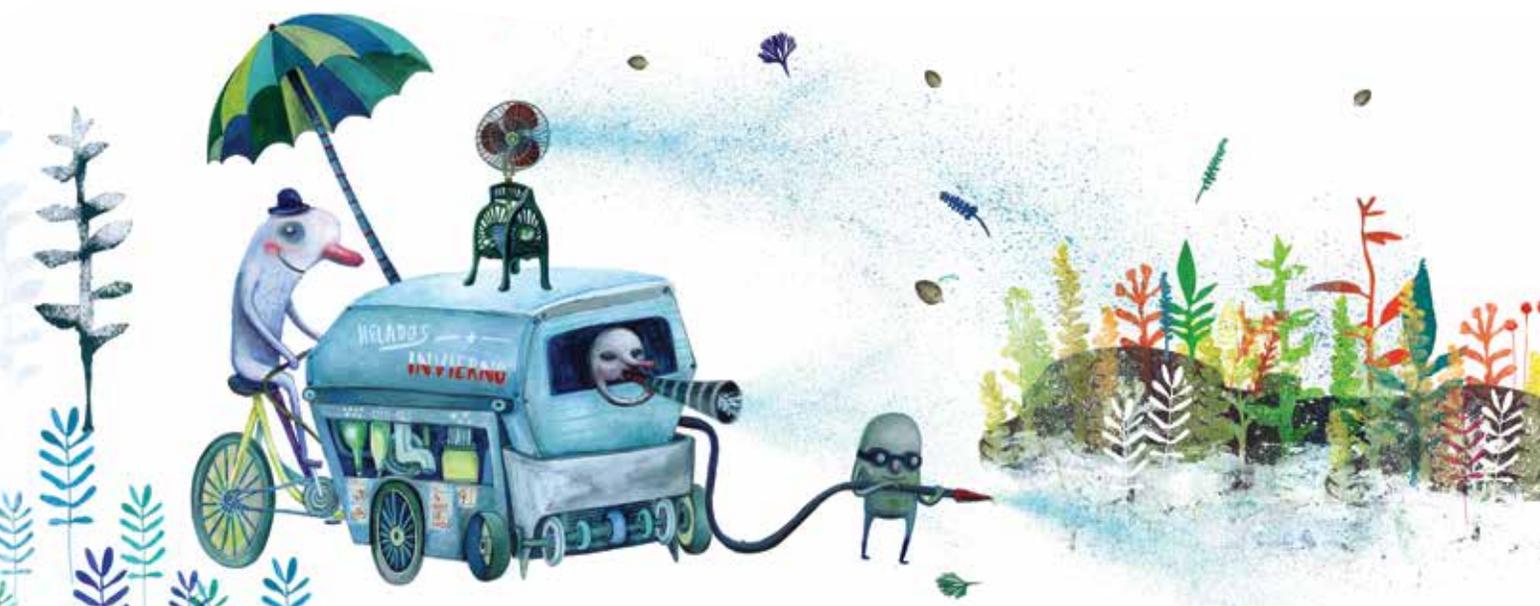
Pero la Primavera nunca llegó, ni tampoco el Verano. El Otoño dio frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

—Es demasiado egoísta —dijo.

De modo que era siempre Invierno allí, y el Viento del Norte, la Escarcha, el Granizo y la Nieve bailaban entre los árboles.

25

Una mañana, el Gigante yacía despierto en su cama cuando oyó una música preciosa. Sonaba tan dulce en sus oídos que pensó que debían ser los músicos del rey que pasaban por allí. En realidad, era solo un jilguerillo que cantaba frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar sobre su cabeza, el Viento del Norte dejó de bramar y un delicioso perfume llegó hasta él a través de la ventana abierta.



—Creo que por fin ha llegado la Primavera —dijo el Gigante, y se bajó de la cama de un salto para ir a asomarse a la ventana. ¿Y qué vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Los niños habían entrado en el jardín por un pequeño boquete abierto en el muro, y estaban sentados en las ramas de los árboles. En cada árbol que alcanzaba a ver había un niño. Y los árboles estaban tan contentos de que hubieran regresado, que se habían cubierto de flores y agitaban sus brazos suavemente sobre las cabezas de los niños. Los pájaros revoloteaban de un lado a otro y gorjeaban de alegría, y las flores se asomaban entre el verde césped y reían. Era una escena encantadora. Sólo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se encontraba un niño. Era tan pequeño que no podía alcanzar las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor, llorando amargamente. El pobre árbol aún estaba cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y bramaba sobre él.

—¡Sube, pequeño! —decía el árbol, inclinando sus ramas tanto como le era posible; pero el niño era demasiado chico.

Y el Gigante se conmovió al contemplar este espectáculo.

—¡Qué egoísta he sido! —dijo—. Ahora sé por qué la Primavera no quería venir aquí. Subiré a ese pobre niño a la copa del árbol y luego derribaré el muro. Mi jardín será el patio de recreo de los niños para siempre jamás.

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Bajó entonces la escalera, abrió la puerta con mucho cuidado y salió al jardín. Pero cuando los niños lo vieron se asustaron tanto que salieron corriendo, y en



el jardín volvió a ser invierno. Sólo el niño pequeño se quedó allí, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio llegar al Gigante. Y el Gigante se le acercó sigilosamente por detrás, lo tomó dulcemente entre sus manos y lo subió al árbol. Y el árbol enseguida floreció, los pájaros vinieron a cantar en él, y el niño extendió los brazos, se los echó al cuello al Gigante y lo besó. Los otros niños, al ver que el Gigante ya no era malo, regresaron corriendo, y con ellos volvió la Primavera.

—Desde ahora, este es su jardín, niños —dijo el Gigante; y cogiendo un hacha enorme, derribó el muro.

Y al mediodía, cuando los habitantes del pueblo se dirigían al mercado, encontraron al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que jamás habían visto.

Jugaron todo el día, y al atardecer fueron a despedirse del Gigante.

—Pero, ¿dónde está su compañerito? —les preguntó—. El niño que subí al árbol.

El Gigante lo quería más que a los otros porque le había dado un beso.

—No sabemos —contestaron los niños—, se ha ido.

—Díganle que venga mañana sin falta —dijo el Gigante. Pero los niños le dijeron que no sabían dónde vivía y que nunca antes lo habían visto, y el Gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes, al salir del colegio, los niños iban a jugar con el Gigante.



Pero el niño a quien el Gigante más quería, no volvió nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

—¡Cómo me gustaría volver a verlo! —solía decir.

Pasaron los años, y el Gigante se volvió muy viejo y débil. Ya no podía jugar, de manera que se sentaba en una enorme butaca a ver a los niños jugar y admirar su jardín.

—Tengo muchas flores hermosas —decía—, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno, pues sabía que este no era más que la Primavera dormida y el reposo de las flores. De repente, se restregó los ojos con asombro, y volvió a mirar una y otra vez. Era, sin duda alguna, una visión maravillosa. En el rincón más lejano del jardín había un árbol cubierto de preciosas flores blancas. Sus ramas eran todas doradas y frutos plateados colgaban de ellas. Bajo el árbol estaba el pequeño al que tanto quería.

28

El Gigante bajó las escaleras corriendo con gran júbilo y salió al jardín. Lo cruzó deprisa para acercarse al niño. Cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de ira, y dijo:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Pues en las palmas de las manos del niño y en sus piecitos se veían las huellas de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el Gigante—. Dímelo. Iré a coger mi gran espada y le mataré.

—¡No! —respondió el niño—. Estas son las heridas del Amor.

—¿Quién eres? —le preguntó el Gigante. Un extraño temor se adueñó de él, y cayó de rodillas ante el pequeño.

El niño le sonrió al Gigante y le dijo:

—Una vez me dejaste jugar en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al Gigante muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.